

tos de nitidez y de contrastes, en unos grises que dejan mucho que desear.

FERNANDO HERRERA
GÓMEZ

Humor e inteligencia

La tumba del faraón

Andrés Hoyos

Seix Barral, Biblioteca Breve, Bogotá, 2000, 309 págs.

Quizá la primera pregunta que se hace uno al leer *La tumba del faraón* es: ¿Será Boyacá un lugar propicio para la herejía? De hecho, históricamente hablando, el continente americano ha sido un lugar particularmente ingenuo al respecto, por lo menos hasta la llegada de los *mass media* con su carga de Manson, Waco y compañía. En lo que sin duda sí hemos sido expertos ha sido en el sincretismo religioso, pues hemos conseguido mezclar creencias de un modo que no se veía desde la época helénica.



El asunto es que uno de los grandes pilares que sostienen esta novela de Andrés Hoyos es la heterodoxia religiosa. El aspecto central de la trama es más o menos el siguiente: A principios de la década de los cincuenta se descubre, gracias a uno de esos caprichos telúricos, un de-

posito oculto detrás del convento benedictino de Usme. Dentro de ese depósito se hallan lienzos, dibujos y un montón de papeles desordenados que son llamados "La hojarasca". Pero como si eso no fuera suficiente para desatar la curiosidad, también se encuentran en el interior dos cadáveres: uno de un hombre y otro de un ratón.

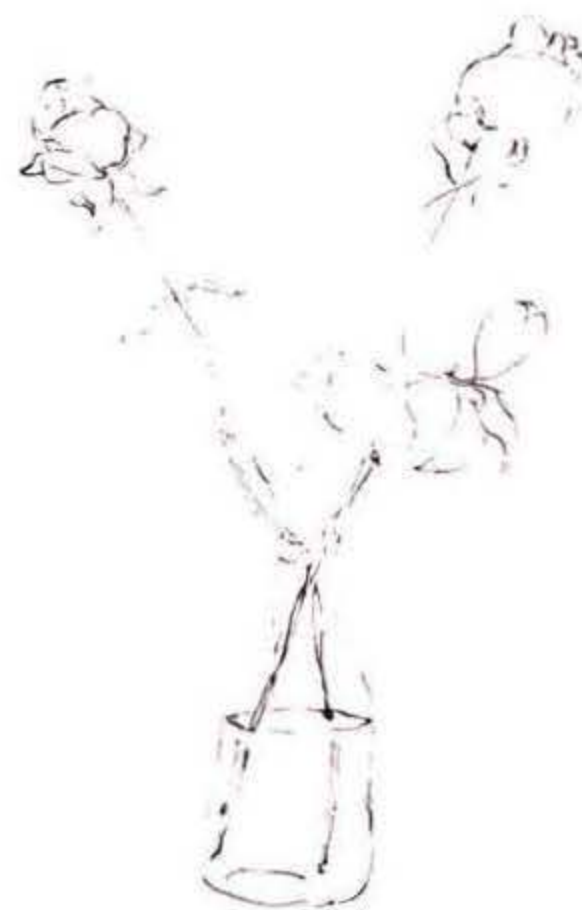
El cadáver del hombre está embalsamado y al parecer pertenece a un anciano cartujo, quien en sus días fue conocido como Íñigo de Vistahermosa y Santos, un medianamente famoso pintor de la provincia neogranadina en tiempos de la Colonia. El ratón, por su parte, parece no haber tenido otra función que devorar papeles según el libre albedrío de su apetito, por lo que al desorden de "La hojarasca" se agrega todavía más confusión por ciertas partes faltantes.

A un monje cartujo, fray Lucas Tadeo, se le encomienda la tarea de estudiar los papeles y los lienzos para decidir qué hacer con el hallazgo, pues al parecer los documentos se relacionan con cierto monasterio cartujo llamado Furatena, fundado a comienzos del siglo XVIII en las cercanías de Villa de Leyva, donde al parecer ocurrieron cosas no del todo acordes con la doctrina católica.

El cuerpo central de la novela es narrado entonces por ese monje, quien organiza sus ideas reconstruyendo la biografía de Íñigo de Vistahermosa y Santos, el mencionado pintor, con los documentos encontrados en el depósito y añadiéndole comentarios y opiniones propias. Acorde con esto, el estilo de la narración tiende al barroquismo, con abundancia de frases subordinadas, múltiples disertaciones y divagaciones y, cómo no, una profusión de adjetivos. Este estilo recargado es quizá el responsable de que *La tumba del faraón* sea un libro que se disfruta más en una segunda lectura, cuando el lector ya conoce la línea narrativa y se aprecian mejor los detalles.

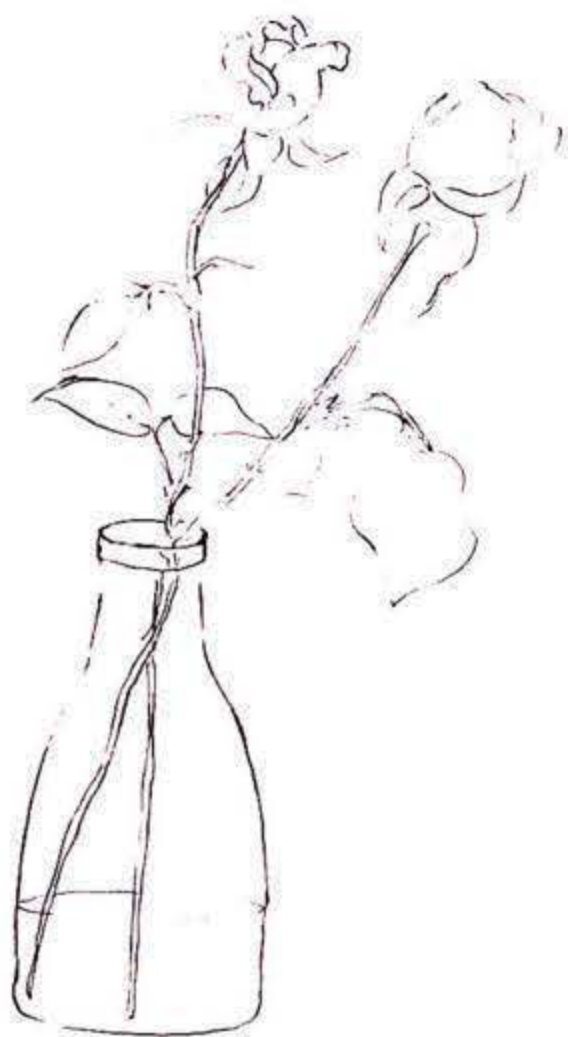
A través de las páginas se nos presentan múltiples espacios y personajes. Aunque casi toda la narración

transcurre en la Nueva Granada, los acontecimientos de España tienen una vital importancia en el relato, porque repercuten en las pasiones de los habitantes de Santafé de Bogotá, Cartagena o Villa de Leiva. Al parecer, Hoyos quiso sacarle todo el partido posible al caos que siguió al reinado de Carlos II el Hechizado, durante la guerra de Sucesión de España, cuando se disputaban los pedazos del imperio no sólo los Borbones y los Austrias, sino también bandidos, aprovechados y aventureros de toda índole. De hecho, la época histórica escogida por el novelista le permite a uno sospechar que esa fórmula del caos social no sólo es propicia para el "libre desarrollo de la personalidad" de algunos personajes interesantes como el inescrupuloso Abel Oliveros de la Rosa, el utópico Pedro Elizaga, el rey mendigo Petaud o el ingenioso liberto Celedonio, sino que es imprescindible para hacer creíble la simple idea de la existencia de un lugar como la Cartuja de Sombra en la provincia de Tunja en tiempos de la Nueva Granada.



Y es que la Cartuja de Sombra construida en Furatena es, junto con las pinturas de Íñigo, el elemento más original de esta novela; el aspecto más atractivo y personal. Desde el momento en que aparecen el monasterio y los hermanos Elizaga, el libro deja de ser una novela de época más —con aventureros, damas de

vida disipada, enredos coloniales y frases ingeniosas en español antiguo— para prometer convertirse en algo distinto, francamente fuera de lo ordinario. Un monasterio cartujo más allá de todos los caminos, alejado de todo centro de poder, donde siete monjes y sus sirvientes buscan a Dios con leves, muy leves, toques de doctrina oficial y grandes dosis de ingenio personal, heterodoxia y más de un brochazo de gnosticismo oriental. Para hacernos una idea, el jefe de los monjes es un ex ballenero, cuyo hermano sufre de cierta “bochornosa enfermedad” que lo hace recurrir al cilicio, y existe un monje sonámbulo, Arcadio, sobre quien se teje la hipótesis de que es un ángel caído.



Desde que Íñigo, quien a su vez considera que los ángeles tienen aspecto de pobres campesinos, llega a Furatena, la cabeza de los monjes vuela cada vez más alto. Uno de los episodios memorables es cuando, convencidos de que el Paraíso está ubicado en América, envían a dos monjes y un sirviente a buscar el Punto Omega, puerta de entrada al Edén, que “a juzgar por los fucilazos que de cuando en cuando se veían en el horizonte por las noches, debía quedar al otro lado del Río Grande de La Magdalena, detrás de una roca pelada que se vislumbra a ve-

ces en verano, bañada por la tenue luz de la madrugada” (pág. 137).

Los retorcidos razonamientos de los hermanos que los llevan a desarrollar sus múltiples teorías teológicas resultan el momento culminante del libro en cuanto a ingenio y humor. Quizá por ello al final queda en el lector cierta frustración, pues la Comuna Paraíso —como es renombrada luego la Cartuja de Sombra— no alcanza el protagonismo que merece, debido a que la gran mayoría de las páginas de *La tumba del faraón* están llenas de “acontecimientos mundanos” como intrigas políticas, seducciones y abordajes de galeones, que, aunque bien elaborados no constituyen un elemento novedoso y no pueden dejar de sentirse como un anticlímax demasiado prolongado frente a los geniales desvaríos que ocurren en Furatena.

El otro aspecto que resalta del libro son las pinturas de Íñigo. Aunque ninguna de ellas se presta para ser mostrada en esta reseña, por fuera del contexto de la obra de Hoyos, baste decir que las descripciones pormenorizadas hechas por fray Lucas Tadeo nos permiten imaginar pinturas geniales, llenas de osados conceptos y simbolismos nunca antes vistos. Hay, de hecho, ciertas teorías en torno al color y la perspectiva que resultan fascinantes. Al leer las descripciones uno no puede dejar de pensar en Bruegel y *El Bosco* ubicados en un contexto latinoamericano. Todo ello es muestra de que la vida interior de Íñigo es abundante y fecunda... Sin embargo, Íñigo mismo, por más que sea el personaje central de la novela, se pierde entre otros personajes. Resulta un personaje demasiado opaco en medio de una algarabía de personajes brillantes.

La tumba del faraón es sin duda un buen libro, lleno de humor e inteligencia. El problema es que podría ser un libro no sólo bueno, sino excepcional, pero tiene un exceso de elementos que disipan el interés del lector hacia demasiados frentes. Falta una línea que unifique aquellos aspectos más originales y con más fuerza del relato a fin de distan-

ciarlos de otros elementos que resultan casi decorativos. Falta, en fin, hacer que lo excepcional resalte sobre lo simplemente bueno.

Sólo queda esperar que en su próxima obra Andrés Hoyos tenga la osadía de llevar su herejía más allá.

ANDRÉS GARCÍA
LONDOÑO

El sicario patuleco

Trancón sobre el asfalto

(Vida y obra de un asesino neto)

Rodrigo Argüello

Editorial Letra Escarlata, Bogotá,
1999, 87 págs.

Más mala que las mal llamadas películas de acción gringas, esta pretenciosa novela no alcanza ni siquiera una tonalidad gris que le permita acercarse al grado de oscuridad requerido para fundar la versión criolla de la novela negra, o, con más exactitud, como pretende su autor, según reza la contracarátula de su libro, de una “picaresca negra” digna de este país inaudito, donde se dan toda clase de embaucadores.

Sí. Como su protagonista, un sicario patuleco, *Trancón sobre el asfalto* es una novela que cojea y, por tanto, desde cualquier ángulo que se la mire, carece de equilibrio: estructuralmente, por ejemplo, Argüello —cosa extraña en un reconocido semiólogo colombiano, ¿o será tal vez por eso?— parece ignorar que en una obra literaria todas las palabras, personajes y asuntos deben tener un significado; que, al contrario de la vida, donde no hay una asociación lógica de los sucesos, en la literatura todo cumple un fin y se halla cabalmente articulado (Maupassant).

Yo creo que esto último lo respetan no sólo los más irreverentes representantes de la llamada novela negra (Hammett, por ejemplo) sino hasta las novelas de Corín Tellado.